

## EL LUGAR DE LA CARENCIA O REFLEXIONES DE UN PLANETA SIN BOCA

Hugo Achugar

¿Global o local? ¿Modernidad o posmodernidad? ¿vida o muerte del Estado-Nación? ¿Tradición o ruptura? ¿Vanguardia o regionalismo? ¿Letrados o subalternos? ¿Literatura o televisión? ¿Valor estético o anatema del valor? ¿José Martí o Gloria Anzaldúa? ¿*Relato de um certo oriente* o *Rainha da Sucata*? ¿Roberto Bolaño o Rigoberta Menchú? ¿Cortázar o Corín Tellado? ¿Mercado o nacionalización de las empresas públicas? ¿Revolución o status quo? ¿Patria o muerte?

Según sostiene Ernesto Laclau, la postulación dilemática al estilo “Braden o Perón” es característica de los discursos populistas. Por lo cual es posible que todas las preguntas dilemáticas con que he comenzado no sean un modo positivo de plantear el problema. Quizás, como propone Slavov Zizek al reformular la frase de Marx, de Groucho Marx, “¿Te o café? Sí, por favor” y preguntar “¿Posmodernidad o lucha de clases? Sí, por favor”, haya que negarse a elegir. Quizás, la alternativa no esté entre modernidad o posmodernidad, global o local, Martí o Televisión, Estado-nación o Corín Tellado, “Six Feet Under” o Alfredo Zitarrosa. Quizás la formulación que algunos académicos, en distintas partes del mundo y en distintas lenguas, realizan en términos de “o esto o aquello” sea más que incorrecta, inconducente y populista. Populista incluso cuando la dicotomía es presentada en términos de alta cultura, populista incluso cuando es propuesta en términos revolucionarios anti-intelectuales, populista incluso cuando es ofrecida en beneficio de los desposeídos o marginados.

En cierto sentido y si me permiten la grosería, muchas de las propuestas teóricas o críticas de los últimos tiempos –y me apresuro a aclarar que es más que posible que yo mismo no haya escapado a ello- son o han sido propuestas similares a las opciones dilemáticas realizadas por el

marketing publicitario entre dos refrescos, dos jabones o dos cervezas. En ese sentido, insisto, es posible que hayamos caído en los riesgos o en las trampas de las dicotomías discursivas del populismo y hayamos planteado opciones que en lugar de ayudarnos a conocer más, nos hayan llevado a entendernos menos y lo que es más importante, a comprender menos lo que estamos viviendo, lo que estamos produciendo.

Sostener, por ejemplo, que en virtud de que todo apelar a la tradición desemboca necesariamente en el conservadurismo neoliberal y neofascista de movimientos como el tristemente célebre de “Tradición, familia y propiedad”, es una simplificación sólo admisible en discursos de barricada. Atreverse a plantear o a disentir con la opinión generalizada que proclama la muerte de los procesos nacionales, acarrea de inmediato la censura. El rey no está desnudo dicen, el estado nación ya no existe, dicen.. Y claro que ya no existe, no existe el del siglo XIX, eso no quiere decir que no esté en proceso de transformación; eso no quiere decir que la negación de uno implique exclusivamente la afirmación de una sola, otra posibilidad. Dicho de otro modo: ¿Estado-nación o posnacionalismo? Sí, por favor. Es decir, ni lo uno ni lo otro sino algo o algunas muchas cosas más.

Antes de continuar voy a ir hacia atrás en el tiempo. Voy a retrotraerme, en un primer movimiento, al año de 1956 cuando las opciones eran más claras, cuando la Guerra Fría diseñaba los horizontes ideológicos desde los cuales se pensaba y se vivía, cuando las naciones todavía no habían terminado de desilusionarse con el sueño de la sustitución de importaciones, cuando todavía no se cuestionaba la viabilidad de los estados-nación y cuando todos o casi todos eran/éramos políticamente incorrectos y Doris Day sonreía mientras colgaba cortinas en el sueño norteamericano. El primer movimiento refiere a dos hechos –uno relacionado con la salud pública y el otro con un acontecimiento político o mediático- que posiblemente estén en el origen remoto y personal de estas páginas.

En febrero de 1956 el fantasma de la epidemia de la poliomielitis se había instalado entre nosotros –“nosotros” refiere a los uruguayos en general y en particular, a los niños y jóvenes en edad escolar-, los centros de enseñanza habían sido clausurados, los cines y los teatros habían sido cerrados. El hecho obligó/enseñó a los uruguayos a vivir reclusos y, sobre todo, a presentir que el Otro, el vecino, el prójimo podía ser causa de contagio, de enfermedad y de muerte. El Otro como amenaza fue una experiencia colectiva de la sociedad uruguaya que conllevaba una paradójica enseñanza: todos eran/éramos, potencialmente, el Otro; es decir, todos eran/éramos potencialmente la enfermedad o la muerte del Otro. Esta amenaza del Otro, esta posibilidad de contagio contribuyó en la constitución del Otro como algo/alguien que había que evitar, algo/alguien que no sólo estaba descalificado sino que, además, no era fuente de valor ya que emblematicaba el no-valor, la muerte.

Más o menos por esa época, quizás un año antes o un año después, apareció en el suplemento de un periódico de Montevideo una caricatura que ironizaba sobre el papel de Uruguay en el contexto mundial. La imagen del suplemento era muy simple: Luis Batlle Berres, padre del actual Presidente de Uruguay y en esos años Presidente él mismo, acababa de efectuar una visita a Washington D.C. y era recibido en dicha capital con un pasacalles que lucía el consabido “Bienvenido Presidente de Uruguay” mientras que –a modo de palimpsesto- las huellas de previas escrituras dejaban entrever que había sido usado para otras bienvenidas a otros presidentes latinoamericanos.

El significado de esa imagen es obvio, o al menos pudo parecerme obvio en ese entonces: el Presidente de Uruguay era intercambiable, no era respetado, no importaba, no era nadie, era marginal, era el Otro intercambiable. Algo así como el “son todos iguales y no puedo distinguirlos” que sustentan de hecho los discursos racistas.

Hoy sé que aquella impresión infantil me sigue inquietando. Se trata de una inquietud incalificable, inclasificable –es decir, no sé cómo calificar o clasificar-, algo quizás explicable sólo por una imperfecta percepción de haber nacido en un lugar no prestigioso, intercambiable, prescindible. Por haber nacido con una suerte de culpa o de condena, por haber nacido equivocadamente o, mejor, por haber nacido en un lugar equívoco o indefinido: ni argentino, ni paraguayo, ni brasileño. Por haber nacido ni lo uno ni lo otro, por haber nacido en un estado tapón, es decir, en una suerte de limbo o de frontera entre ser o no ser. Por ser latinoamericano pero al mismo tiempo no ser indígena ni negro o afrolatinoamericano, por ser simplemente uruguayo que es una forma de ser periféricamente o heterotópicamente latinoamericano. Esa heterotopía, ese ser periféricamente el Otro se sumaba a la brumosa conciencia de ser el Otro potencialmente enfermo del que había que cuidarse, al que había que aislar o marginar. Ambas experiencias fundaron una suerte de incomodidad/identidad fundamental. Lo que sigue tiene que ver con esa incomodidad.

El establecer estas referencias particulares aspira, desde el inicio, a que se entienda el lugar desde donde hablo. Un lugar que no es concreto y que a veces llamo periferia, otras Montevideo, Uruguay, América Latina, margen, no lugar, frontera: el lugar del desplazado, del dislocado. Un lugar muchísimo menos dramático que el de otros desplazados o excluidos – después de todo soy un letrado blanco clase media- pero que sin embargo comparte la experiencia de la herida o de la humillación o del desprecio. Me apresuro a aclarar que no pretendo hablar en nombre de nadie. Quizás el único pecado sea el ocupar un lugar de enunciación común a muchos otros individuos o grupos. Un lugar en el que ha sido puesto pero que también ha elegido. La calificación de dislocado o de lugar del desprecio y del no valor es producida por otros y no por el sujeto de la enunciación aún cuando termine por asumirla con o sin orgullo, sumisa o insumisamente.

Lo que sigue, entonces, es respuesta y propuesta. Trata de lo real y de lo imaginado, de la circunstancia y del deseo. Es un fragmento, balbuceo apenas. No otra cosa pueden elaborar aquellos que hablan desde la periferia o desde ese lugar que algunos entienden como el espacio de la carencia. Reinvidico, sin embargo, el balbuceo. El balbuceo es nuestro orgullo, nuestro capital cultural, nuestro discurso raro, nuestro discurso “queer”. El orgullo de aquellos raros que, supuestamente, no tienen boca como los planetas de Lacan y por lo tanto carecen de discurso. O, según algunos, peor aun pues hablan o producen un discurso viejo, nativo, criollo, moderno, imitativo, carente de valor.

El segundo movimiento tiene que ver con una imagen, con un cuadro reproducido como parte de la portada de un libro. La imagen muestra una serie de construcciones fabriles en su mayoría coronadas por chimeneas que dejan salir densas humaredas. Se trata de un cuadro de Juan Boris Gurewitsch –un pintor sin mayor trascendencia-<sup>1</sup> en cuya geometrización aparecen huellas de una suerte de constructivismo involuntario y que fuera pintado antes de 1956; año en que es reproducido en la tapa del *Panorama de la industria nacional. 1956* como número especial de la *Revista de la “Unión Industrial Uruguay”*.<sup>2</sup>

Posiblemente en ese año de 1956, la lectura del cuadro de Gurewitsch habrá sido la de la exaltación de la producción nacional; el país se industrializaba y ello representaba la productividad, la riqueza y la modernidad del Uruguay. Hoy la lectura de seguro sería otra. Pero esta diversidad o multiplicidad de lecturas no sólo tiene que ver con la distancia temporal. La imagen de Gurewitsch, esa suerte de celebración industrial del Uruguay de la década del 50, también puede ser leída como un ámbito opresivo, además de ecológicamente contaminado.

---

<sup>1</sup> Juan Boris Gurewitsch nació en Moscú en 1909, estudió artes plásticas en Hamburgo y hacia 1937 llegó a Uruguay. Al parecer murió en Israel en la década del 70.

<sup>2</sup> Editado por Juan Carlos Quinteros Delgado y Juan Carlos Guarnieri, este *Panorama* fue publicado por la Cámara de Industrias de la mencionada Unión Industrial Uruguay en febrero de ese mismo año en ocasión de la “Primera Exposición Nacional de la Producción”.

El cielo está cubierto por el humo de las chimeneas y no parece haber más horizonte que el de la producción industrial. En cierto modo, más que una celebración, la imagen representada por Gurewitsch, en tanto ilustración del número especial de la *Revista*, puede ser entendida como una reivindicación. Como una reivindicación, o como una suerte de canto de cisne de la modernidad uruguaya, del proyecto de la modernidad uruguaya de comienzos del siglo XX; un modelo de sociedad y de país que para 1956 ya no era viable aunque la mayoría de los uruguayos todavía no hubiera querido darse cuenta.

De hecho, si además de la portada de la revista en que aparece la imagen de Gurewitsch, se lee el discurso pronunciado por el ingeniero Baethgen -incluido en la misma publicación y pronunciado en ocasión de la inauguración de la “1era. Exposición Nacional de la Producción”- la hipótesis de la celebración queda parcial, si no totalmente, excluida. Baethgen afirma que la iniciativa de la Exposición tuvo lugar en 1952 y perteneció al por entonces ministro Grauert y que en aquel momento:

El clima económico del país era más propicio que el actual. El país enfrenta ahora graves problemas económicos y financieros, y el ambiente general, no puede ser juiciosamente optimista. Por esto mismo en lo que hace relación con la industria manufacturera nacional, esta Exposición está muy lejos de constituir el verdarero exponente representativo de la capacidad industrial del país. Por razones económicas o financieras, unas; también por desánimo ante las serias dificultades son numerosas las fábricas que no están presentes en esta Muestra del trabajo nacional. (177)

El significado de la obra de Gurewitsch, entonces, no puede haber sido o no puede haber querido ser el de la celebración lisa y llana. A menos que el ilustrador o los responsables de la edición, -Quinteros y Delgado-, no se hayan comunicado con el presidente de la Cámara de Industrias, y hayan pensado que la publicación debía, a pesar de todo, celebrar la potencia industrial del país. Es posible, sin embargo, que el “mensaje” de la ilustración y de los editores de la *Revista* haya sido algo así como: “No es posible no tener en cuenta y no proteger a la industria nacional cuya importancia económica y social se expresa en la apoteosis productiva representada por el cuadro de Gurewitsch”.

Es posible que tampoco esta hipótesis reivindicativa de los intereses de los industriales haya estado en el origen del cuadro de Gurewitsch. Lo más probable es que se le haya encargado al pintor alguna imagen que “ilustrara” el tema “industrial” o incluso que los editores tomaran un cuadro preexistente y consideraran que fuera “adecuado” para componer la tapa del número especial de la *Revista* sin preocuparse mayormente por las lecturas posibles que un lector futuro realizara. Esta última posibilidad no sólo contribuye a continuar señalando los riesgos de navegar guiado por la llamada “falacia intencional” sino que, además, posibilita pensar que la inintencionalidad puede terminar alimentando indefinidamente las interpretaciones más disparatadas.

Por otra parte, incluso es posible que la tapa de la publicación no haya sido responsabilidad de los editores, ni de Baethgen ni siquiera de Gurewitsch –aún cuando el pintor haya tenido una intensa labor en el diseño gráfico- y que simplemente la editorial Florensa y Lafón o algún empleado haya sido el único artífice de la tapa y la ilustración en cuestión y las razones de la inclusión del cuadro de Gurewitsch sean o hayan sido exclusivamente “estéticas” o “gráficas”.

¿Cuál es el interés entonces que me lleva a detenerme en este cuadro o, más exactamente, en la ilustración de esta *Revista* o “Catálogo”? ¿Se tratará de un modo oblicuo de iniciar la lectura de la producción literaria, plástica o incluso cultural del período en cuestión? ¿Será un modo de entrar a considerar el presente de desindustrialización en que se encuentra la sociedad uruguaya y de paso reflexionar sobre la globalización y la integración regional del Mercosur a comienzos del siglo XXI? ¿Será un modo peculiar de reflexionar sobre la modernidad *in ralenti* que caracteriza a Uruguay?, o incluso, ¿de pensar los diferentes rostros de la modernidad periférica que tanto ha desvelado a los latinoamericanos?

Nada de eso. Se trata del tema del valor, de la producción de valor fuera del primer mundo. Se trata de que el cuadro de Gurewitsch genera (me genera) una sensación ambigua, quizás equívoca. La imagen no representa “la” realidad uruguaya del momento, ni siquiera la industrial; Uruguay nunca tuvo un “paisaje industrial” semejante. Es más, posiblemente ese tipo de paisaje industrial haya sido visto por Gurewitsch en la Alemania que lo formó antes de llegar al Uruguay en la década del 30.

El paisaje construido por Gurewitsch no es, más aún me animo a sostener que nunca pudo haber pretendido ser, una representación efectiva de lo existente en Uruguay. Aun cuando sería posible pensar que se trató de una representación irónica o humorística –lo que abriría otra línea de reflexión-, pienso que este paisaje de Gurewitsch surgió como una construcción o una representación –en el sentido de no existente a nivel empírico- de un lugar preciso: el lugar de la industria en la periferia. En todo caso, aun cuando no haya tenido en su origen ese significado, el paisaje de Gurewitsch me interesa en tanto imagen o metáfora del lugar de la producción de valor en la periferia.

La chimenea que casi divide en dos mitades el espacio pictórico y la otra más pequeña que, también en un primer plano la acompaña, son emblemáticas de la potencia –es innecesario

abundar en su evidente apariencia fálica- del lugar de la industria. Es decir, no sólo se trataría de representar a la industria sino de representar su potencia. El lugar de la industria es el lugar desde donde habla o hablaba la Cámara de Industrias del Uruguay. O mejor dicho, quizás no fuera sólo el lugar desde donde se hablaba sino que quien hablaba era, precisamente, el lugar de la industria.

Esta suerte de tautología, de autoreferencialidad, de gesto semántico –si es que se trata de autoreferencialidad- tiene una particular transparencia. El discurso no es opaco y el lugar de la industria está establecido con absoluta precisión. Es justamente esta precisión del lugar desde donde se habla, un lugar a la vez “imaginario” –o si se prefiere construido, teórico- y “verdadero” –se trata de una publicación oficial de la Cámara de Industrias- lo que me atrae, lo que me interesa. El cuadro de Gurewitsch –independientemente de sus “valores”, o “no valores”, “artísticos”- representa con ejemplaridad la importancia de la situación de enunciación sobre la que, en parte, me interesa reflexionar; en particular a la luz del debate intelectual y teórico en el que estamos metidos todos los que vivimos este presente de globalización desde la periferia. Porque eso es lo que está en el cuadro de Gurewitsch: la periferia; la producción de valor desde la periferia. O mejor, eso también está en el hecho de que el cuadro de Gurewitsch acompañe una publicación de los industriales uruguayos en 1956.

La imagen excesiva del humo productivo construida por el pintor no incluye seres humanos: no hay obreros ni tampoco industriales, sólo los símbolos materiales de la producción industrial. Me corrijo: sólo imágenes de torres, edificios, chimeneas, grúas, y humo, mucho humo. Porque esa es otra manera de leer el cuadro: lo que produce la industria nacional es *humo*. No riqueza, no valor, sino humo. O dicho de otra manera, la producción de valor desde la nación y desde la periferia es equiparable a humo, a contaminación, a algo molesto y sobre todo a algo inconsistente e ilusorio como el humo. No el humo como indicio de producción de bienes sino el humo como desperdicio, gasto, y despilfarro.

La crisis de la industria –propia de la situación nacional e internacional a que alude el propio Baethgen- no impide que se hable de “justificada satisfacción patriótica y la merecida admiración al esfuerzo constructor de tantos hombres” (178); pero es precisamente esa “satisfacción patriótica” la que está o entra en tensión con el cuadro de Gurewitsch al diseñar un lugar “imaginario” –ahora en el sentido de deseado- como lugar de enunciación. En esta línea de pensamiento, todo lugar de enunciación es a la vez un lugar concreto, verdadero, y un lugar teórico o deseado.

En ese sentido, uno sabe que habla desde un lugar pero también cree, desea, imagina, construye, ficcionaliza ese lugar. La tensión entre reconocimiento del lugar desde donde se habla y el lugar desde donde se habla como espacio deseado/imaginado atraviesa la imagen representada por Gurewitsch. También atraviesa todo discurso pues todo discurso es siempre formulado desde un lugar que es verdadero e imaginado, concreto y deseado, histórico y ficcional.

El lugar de la industria es un lugar concreto y también deseado que articula la falta. Es por eso que se constituye como un lugar de carencia. La periferia en esta línea de pensamiento comparte con el lugar de la industria considerado hasta ahora esa cualidad de ser un lugar de carencia. En cierto sentido, la periferia ocupa un lugar sino similar cercano al de los planetas de Lacan. Este préstamo, este uso más que libre, libérrimo de la imagen lacaniana de los planetas que “carecen de habla, (que) no pueden hablar porque no tienen nada que decir, (porque) no tienen tiempo y fundamentalmente, porque se los ha hecho callar. (Lacan, 356), me permite ilustrar ese lugar de la carencia que es el lugar de la producción de valor desde la periferia. Ese lugar es para el primer mundo, para la mirada euro/antropocéntrica el lugar de la carencia.

O dicho de otro modo, la autoridad determina que no tienen nada que decir o, lo que también es posible, la autoridad carece del instrumento que les permita oír lo que los planetas/la

periferia tiene para decir. Más aún, los planetas son mudos pero “nosotros los hemos hecho hablar” (Lacan, 359), dice el sujeto euro/antopocéntrico.

Los otros nos hablan. En realidad, siempre se puede decir que hay un Otro que nos habla y que a su vez el Otro habla en otros Otros. El centro/los múltiples centros hacen hablar a la periferia. A su vez la periferia –en tanto es situacional- se vuelve centro para otras periferias y las hace hablar.

Es la misma posición de aquellos que desde la metrópolis o desde el jardín de la academia realizan la operación de decretar que en la periferia (posición ubicua, relacional y situacional) no hay lenguaje, no hay boca, no hay discurso. Es decir, la periferia es lugar de la carencia. Algunos –en una lógica donde periferia es si no sinónimo pariente cercano del subalterno o del excluido- sostienen que el lugar de la carencia radical es la del subalterno, del excluido. El subalterno no puede hablar pues si habla ya no lo es. El subalterno es hablado por otros.

A esta altura de la argumentación me doy cuenta que he soslayado un aspecto fundamental. Ese lugar de la periferia, ese lugar de la carencia que he construido a partir de un cuadro reproducido en una publicación de la burguesía industrial uruguaya está atravesado por el monstruo terrible del poder político, económico y social. He soslayado nada menos que la cuestión del poder. ¿No es acaso un contrasentido lo que he construido? ¿Cómo trabajar a partir de un signo producido desde el poder para diseñar la carencia de la periferia? ¿Cómo argumentar sobre la producción de valor desde la periferia si he elegido una imagen generada desde el poder? ¿Será que de contrabando estoy sosteniendo lo ya sabido? Es decir, que ¿sólo desde el poder se puede hablar o producir valor? En realidad creo que no. Lo que estoy argumentando es que el hecho de que la imagen de Gurewitsch esté interferida por el poder del empresariado industrial uruguayo no afecta el hecho de que se trate de una metáfora de la producción de valor desde la periferia. Ya que, después de todo, en la periferia la industria al igual que la academia, el

sindicato, la villa miseria, el partido político o el pensamiento teórico son de hecho lugares institucionales que operan de modo similar. Es decir, son lugares donde se produce significados, valores, objetos materiales o inmateriales, teóricos o no teóricos. La peculiaridad consiste menos en los lugares que en el posicionamiento de dichos lugares. En ese sentido, lo fundamental es que la metáfora construida a partir del cuadro de Gurewitsch como lugar de la producción de valor en la periferia funciona más allá de 1956, más allá del discurso empresarial, más allá de la circunstancia de un Uruguay desaparecido por el que esta reflexión no expresa ningún tipo de nostalgia. El poder de la periferia. De eso se trata en esta metáfora, del poder de la periferia en la producción de valor.

\*\*\*\*\*

Debo terminar y apenas he comenzado. De pronto me doy cuenta que quizás debería argumentar ¿por qué Uruguay? No termino de acostumbrarme que tengo que argumentar ¿por qué Uruguay? No se necesita argumentar los EEUU ni tampoco Francia, Alemania o el resto de esa Europa construida pero Uruguay, sí. Parecería que tengo que pagar el peaje de ser uruguayo, que debo justificar la extravagancia de ser uruguayo. No alcanza con que hable desde Uruguay o argumente ser uruguayo, tengo que justificarme, tengo que pedir perdón por el hecho de atreverme a hablar, tengo que pedir perdón por ser un letrado, tengo que pedir perdón por no escribir como lo hace el rebaño académico. Quizás se haya entendido que al hablar de lugar pretendo defender una posición folklórica y no una posición construida y simbólica. Quizás no se haya entendido que Uruguay es una metáfora. Quizás no se haya entendido que todos los lugares son construcciones metafóricas, pero mientras que algunas no necesitan ser justificadas, otras sí lo necesitan pues son como los planetas sin boca.

Tengo que tratar de precisar más mi posición. Hablo desde Uruguay en dos sentidos; desde el campo intelectual y político uruguayo y desde Uruguay como construcción teórica, es decir como una metáfora teórica de la periferia. Sí, tengo que precisar un poco más eso. Pero ¿tengo que hacerlo? ¿Por qué? ¿quién me lo exige? No estoy seguro. Lo mejor va a ser decir que soy un poeta. A los poetas se les permite todo, igual que a los locos, que a los niños y que a todos los que de una manera u otra evidencian ser irresponsables o no merecen ser tenidos en cuenta.

Si no tengo la libertad de escribir lo que se me da la gana no tiene sentido escribir. Eso también. En algún lugar tengo que defender la escritura como un espacio de libertad. Después de todo el territorio desde el que hablo puede ser el vecindario desterritorializado de aquellos que intentan producir valor en un mercado de artesanías en la periferia del mundo. Esos, ellos, nosotros hemos elegido un espacio otro, un mercado otro. Pero cómo, ¿qué estoy diciendo? Entonces este discurso es también parte del mercado. Entonces no habría nada fuera del mercado. Quizás de lo que se trata es que se ha producido una nueva distribución de la fuerza del trabajo y a nosotros (¿quiénes somos nosotros? ¿de cuál nosotros hablo cuando escribo/digo « nosotros »?) , y a nosotros, insisto, nos ha tocado en el mercado global, producir oximorónicamente, carencia, humo, balbuceo, « non sense ».

\*\*\*\*\*

¿Global o local? ¿Modernidad o posmodernidad? ¿Tradición o ruptura? ¿Vanguardia o regionalismo? ¿Letrados o subalternos? ¿Literatura o televisión? ¿Centro o periferia? Sí, por favor.

Un momento, acabo de decir/escribir: “¿Centro o periferia? Sí, por favor”. ¿Acaso no he construido involuntariamente toda la argumentación en torno a la dicotomía populista de centro y periferia? Acaso lo que hice fue desconstruir la dicotomía para instalar otra. ¿Cuál? No sé. Acaso

más que desconstruir las dicotomías populistas que nos aquejan de lo que se trata es de intentar escuchar los equívocos y las trampas. Intentar escuchar sin quizás lograr escapar, apenas reformar, reformular, los antiguos enigmas. O quizás, como dice el pintor Marco Maggi en « *Global Myopia* » : «Actualmente, la delicadeza es una actividad subversiva y prestar atención algo realmente escandaloso. Estamos condenados a conocer más y entendernos menos. »

En esa miopía global, para quienes somos planetas sin boca, intentar reconstruir antropofágicamente nuestro pasado no sea políticamente correcto. En esa miopía global somos un anacronismo, nos dicen. Fetiches carentes de valor. Objetos de estudio. Periferia de la periferia de la periferia de la historia y del mundo. Usurpadores. Traidores de los valores que ellos producen y consagran como los verdaderos valores. De los únicos valores que no son humo sino discurso, sus valores.

Planetas sin boca, somos y quizás la tarea que tenemos por delante sea construir con orgullo nuestro raro balbuceo, nuestros raros, balbuceantes ensayos por ser nosotros mismos y no lo que quieren que seamos. Pero claro, una vez más resurge la pregunta: ¿quién somos nosotros? No hay una única respuesta pues nosotros es heterogéneo, dislocado, en constante cambio y, sobre todo, no es ni debe hablar con una única, autoritaria, solitaria, voz. La dificultad radica en que los planetas tienen/tenemos músicas diversas y “prestar atención (a sus extrañas otredades) es algo realmente escandaloso”.